

El presente

El joven sacerdote Donato Cavaliere viajaba de regreso a Roma, sin poder apartar de su mente los desgraciados acontecimientos de los que había sido testigo. Sentado en el tren, con la mirada perdida en el paisaje que se divisaba a través de la ventanilla, intentaba buscar una explicación a aquellos extraños sucesos.

Con el propósito de investigar y saber quiénes habían estado implicados en la muerte de su hermano, había viajado a Estados Unidos, luego a Venecia, pero nunca, ni en sus peores pesadillas, habría podido imaginar que todos sus esfuerzos culminarían en aquella trágica cadena de adversidades, en la que varias historias secretas se entrecruzaban.

Una y otra vez se atormentaba intentando encontrar la relación de todo aquello con las extrañas circunstancias en las que se había producido el asesinato de su hermano mayor. Sabía que todavía existían demasiados secretos que debían salir a la luz, pero, al mismo tiempo, era totalmente consciente de que sus superiores en el

Vaticano, salvo contadas excepciones, nunca lo iban a permitir.

Hasta el momento, durante su investigación, solo había obtenido alguna pequeña ayuda extraoficial de la Santa Sede, pero siempre y cuando no sobrepasara ciertos límites, como continuar investigando más allá de las causas de la muerte de Camillo, su querido hermano también sacerdote. Ahora sabía la verdad.

Instintivamente, se llevó la mano derecha al bolsillo interior de la chaqueta para cerciorarse de que las fotografías que guardaba aún estaban ahí.

En manos de los servicios secretos del Vaticano, esas imágenes del pasado desaparecerían de inmediato. Su Santidad, el papa Pablo VI, ya había ordenado silenciar su existencia y esconder como secreto de Estado la forma en que se habían obtenido.

Cavalieri había perdido la confianza en las autoridades eclesiásticas, pero su fe en Dios se acrecentaba día a día. De esto último no tenía ninguna duda.

Jamás habría podido imaginar que, tratando de buscar respuestas con el fin de restituir el honor de su hermano, acabaría enfrentándose a uno de los secretos mejor custodiados por la Iglesia católica. ¿Tal vez había sido un designio divino lo que le había hecho descubrir aquel enigma capaz de cambiar radicalmente la historia del catolicismo?

Él buscaba otra verdad más profana y, de pronto, apareció algo inesperado, una misteriosa historia en la que también había estado implicado Camillo Cavalieri, su hermano, el sacerdote que, por orden de la Santa Sede, trataba de resolver extraños sucesos que afectaban al Vaticano.

Miró el reloj, aún faltaba bastante tiempo para llegar a Roma.

Pensó en todas las personas que le habían ayudado; recordó al viejo cura Giacomo Varelli, entrañable amigo de su hermano que se había hecho cargo de su educación desde que quedó huérfano; a sor Agustina, la exmonja portuguesa que, por negarse a aceptar las estructuras arcaicas de una Iglesia católica donde las mujeres estaban supeditadas al mandato de los hombres, había renunciado a su condición para poder denunciar así los abusos del Vaticano.

Recordó a Rafael Menéndez, el sacerdote español que en un principio había aparecido como un enemigo y que después se había transformado en la persona que más le había protegido, su verdadero aliado en los momentos decisivos, hasta el punto de que entre ambos había nacido una verdadera amistad.

También estaba Franco Moretti, su superior inmediato en la Santa Sede, del que en muchas ocasiones dudó y cuya ayuda fue más bien escasa... Quizás había sido solo un instrumento en manos de la curia vaticana. Donato intentaba alejar esa idea de su cabeza, ya que siem-

pre había querido creer que podía confiar en la protección de Moretti.

Tratando de no pensar, pensaba, y todo volvía a renacer en su mente. Habían pasado muchos años desde la muerte de su hermano, acaecida cuando Donato era apenas un niño. Las extrañas causas de aquel trágico suceso habían estado dormidas, aunque siempre latentes, quizás esperando a que el joven se hiciera un hombre y lograra esclarecer los hechos y así descubrir la verdad.

Pero esa verdad estaba mezclada con otros secretos inconfesables que el Vaticano ocultaba con celo. Unos secretos envueltos también en el más profundo misterio, aquel cuya revelación podía hacer tambalear los cimientos de la Iglesia católica.

¿Realmente era ahora Donato Cavalieri el encargado de desvelarlos?

Ciudad del Vaticano, diciembre de 1983

El sacerdote Giacomo Varelli, un hombre de mediana edad, robusto y calvo, caminaba presuroso por la inmensa sala de sesiones donde se reunirían los miembros de la Secretaría de Estado de la Santa Sede; debía ultimar los detalles del encuentro. Cada participante debería disponer, junto a su lugar asignado en la mesa, de todo el material documental que pudiera necesitar durante los debates que fundamentarían la decisión final.

Tres ayudantes habían ido distribuyendo sobre la mesa del plenario las carpetas con la información sobre el tema que iba a tratar la Sección para las Relaciones con los Estados, o Segunda Sección, dependiente de la Secretaría de Estado del Vaticano, que se reuniría esa tarde. Entre sus cometidos se encuentra el nombramiento de obispos en los países con los que la Santa Sede tiene establecidos tratados o acuerdos. Pero también atiende los asuntos que deben acordarse con los gobiernos de distintos países y las relaciones diplomáticas con los Estados,

y ese día la Santa Sede debía formalizar uno de los acuerdos más trascendentales de los últimos años.

Giacomo Varelli era el responsable de todo el papeleo en esas reuniones, y se lamentaba de que le hubieran llamado a última hora, apenas sin tiempo suficiente para hacer su trabajo como a él le habría gustado.

Habría deseado entregar más información por escrito, explicando detalladamente el asunto a tratar. Su metodología de trabajo distaba mucho de lo que se veía obligado a hacer en ese momento, ya que, en este caso, su manera minuciosa y eficiente de preparar una reunión resultaba imposible, y le ponía muy nervioso no tener las respuestas preparadas por si alguno de los cardenales le consultaba o le pedía aclaraciones sobre determinada cuestión.

Pero tampoco tenía tiempo de seguir lamentándose. Los miembros de la Comisión Pontificia, acompañados por sus secretarios personales, comenzaban a llegar.

El deseo del papa Juan Pablo II, comunicado por uno de sus secretarios, no dejaba lugar a dudas: esa tarde debía redactarse el acuerdo para proceder a su presentación. Era una cuestión de Estado y, por tanto, de tramitación urgente.

Allí, en los folios encarpetados, estaba históricamente detallada la situación en la que en ese momento

se encontraban las relaciones entre el Vaticano y Estados Unidos.

Nada podía quedar al azar, todo debía ajustarse a derecho y no se admitiría equivocación alguna en la redacción final del documento. Apenas tuvo tiempo de colocar en las carpetas el último folio, que resumía brevemente la situación diplomática actual con Estados Unidos. Leyó las líneas finales para verificar que no contenían ningún error y, con cierto temor, se dispuso a recibir a los preladados.

El sacerdote Varelli saludó a cada uno de los miembros de la sección, y sus nervios fueron en aumento.

— Todo debe salir a la perfección — se dijo.

Después de más de cien años de desconfianzas y recelos recíprocos, Estados Unidos y la Santa Sede estaban a punto de restablecer relaciones diplomáticas. El presidente estadounidense en ese momento, Ronald Reagan, trataba por todos los medios de acercarse al Vaticano*.

* Desde 1797, Estados Unidos mantenía relaciones consulares con los entonces Estados Pontificios. Las relaciones oficiales fueron establecidas en 1848, pero el aumento de la hostilidad hacia los católicos hizo que, en 1867, el Congreso adoptase una ley que prohibía la concesión de los créditos necesarios para el mantenimiento de una embajada en el Vaticano. Esta cerró sus puertas al año siguiente, dos años antes del final del poder temporal de los papas. Las relaciones consulares fueron suspendidas también al desaparecer los Estados Pontificios.

Los protestantes se sublevan

La noticia se conoció en Roma a través del periódico *L'Osservatore Romano*, que, en su edición del 9 de enero de 1984, informaba ampliamente de que, después de 116 años, se restablecían las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Estados Unidos.

Días después, Giacomo Varelli contaba sobre su escritorio con una gran cantidad de periódicos norteamericanos en los que aparecía publicada la noticia. En algunos de ellos ocupaba grandes espacios, dándole una relevancia que contrastaba con otras publicaciones donde la información sobre el tema se resumía en unas pocas líneas.

Debía preparar un dossier que incluyera el tratamiento que los medios de prensa estadounidenses le daban a la recuperación de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

Observó con cierta preocupación las reacciones de las iglesias protestantes, de los baptistas, de los adventistas del séptimo día y de los evangélicos, que alzaban sus voces con enfado manifiesto, e incluso habían lan-

zados anuncios de corte bastante agresivo en la prensa para hacer público su desacuerdo con el restablecimiento de relaciones entre Estados Unidos y el Vaticano.

Señalaban —según pudo saber el sacerdote— que con ese reconocimiento se violaba la Constitución estadounidense, ya que dotaba a la Iglesia católica de una posición privilegiada en detrimento de las demás religiones. Asimismo, amenazaban con llegar hasta las últimas consecuencias para impedir lo que ellos entendían como una amenaza a la libertad de culto.

«Estas reacciones están dentro de lo previsto», pensó al recordar un informe confidencial preparado por los investigadores del servicio secreto de la Santa Sede que había circulado de forma reservada entre algunos miembros del clero con participación directa en la elaboración del acuerdo con el gobierno norteamericano.

Varelli era consciente de que, dentro del propio clero romano, existían detractores de la normalización de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, pero ese era un asunto que les correspondía dirimir a otros y no a él. Comenzó a redactar su informe, recortando los artículos periodísticos que incluiría en el dossier para después fotocopiarlo y enviarlo a los miembros de la Comisión Pontificia del Estado Vaticano y a los investigadores del servicio secreto.

Le esperaba una larga jornada de trabajo en su despacho, clasificando las noticias para, posteriormente, traducirlas del inglés al italiano.

El espía de Su Santidad

«El mejor y más efectivo servicio de espionaje que conozco en el mundo es el del Vaticano».

SIMON WIESENTHAL

Desde el restablecimiento de las relaciones, varios miembros de la curia romana fueron enviados a Estados Unidos, concretamente a Langley, Virginia, para recibir un curso de formación en la academia de la CIA.

Entre las sombras del Vaticano, movía los oscuros hilos un hombre a quien el pontífice polaco había designado como su primer agente en asuntos reservados: Luigi Poggi, el sacerdote que dirigía los servicios secretos de la Santa Sede. Este había realizado con éxito investigaciones sobre la Europa comunista y mantenía estrechas relaciones con el Mosad y la CIA, entre otras importantes agencias de espionaje internacional.

Luigi Poggi, hermético y analítico, era el hombre ideal para el cargo que desempeñaba. Había organizado, entre otras, delicadas misiones de negociación en Varsovia, así como reuniones secretas en Praga y en Moscú con miembros del Politburó.

Nacido el 25 de noviembre de 1917 en Piacenza, Italia, Poggi había realizado en esa ciudad todos sus estudios previos a la ordenación sacerdotal, hasta que fue enviado después a Roma, en 1944, para especializarse en diplomacia en la Academia Pontificia Eclesiástica.

Durante sus años de servicio, ostentó altos cargos dentro del clero romano, siempre bajo las órdenes directas de varios papas que habían confiado totalmente en sus consejos. Con la llegada de Juan Pablo II, ocupó un cargo que, curiosamente, no aparece en ninguna de sus biografías personales: jefe de los servicios secretos de la Santa Sede.

El servicio de espionaje del Vaticano data de varios siglos atrás, y fue designado con distintos apelativos a lo largo de su historia. Fue creado en 1566 por Pío V y se conoció como Santa Alianza. En 1913, a instancias de Pío X, se creó el servicio de contraespionaje, que recibió el nombre de Sodalitium Pianum.

El exjefe de los servicios secretos del Vaticano a mediados del siglo XVII, el cardenal Paluzzo Paluzzi, manifestó: «Si el papa ordena liquidar a alguien en defensa de la fe, se hará sin preguntar. Él es la voz de Dios y nosotros, su mano ejecutora».

Desde operaciones secretas en territorio italiano o en cualquier otro lugar del mundo, la mano secreta del Vaticano había intervenido en asesinatos de reyes, ejecuciones de enemigos de la fe, desestabilizaciones de gobiernos, secuestros, financiación del terrorismo al servi-

cio de sus fines y fomento de estrechos lazos con la mafia internacional para blanquear dinero, entre otras muchas actividades *non sanctas*.

Después del restablecimiento de relaciones diplomáticas con Estados Unidos, en 1984, monseñor Poggi se presentó ante Su Santidad con una petición concreta de la CIA.

La inteligencia norteamericana le solicitaba que enviara a Estados Unidos a un teólogo de relevancia que ejercía su cargo en Roma, el padre Camillo Cavalieri, para analizar unos supuestos escritos antiguos en arameo descubiertos en una excavación cercana a Jerusalén por investigadores estadounidenses.

La experiencia de Poggi le indicaba que se trataba de una petición inusual y a la vez extraña: el sacerdote Cavalieri era un teólogo investigador que jamás había aparecido como referencia en ningún documento del Vaticano, ya que habían evitado exponerlo públicamente debido precisamente a eso, a que sus trabajos e investigaciones se desarrollaban en el entramado de asuntos confidenciales de la Iglesia católica sobre los que, lógicamente, debía mantenerse una estricta reserva y silencio.

«No, decididamente no es el teólogo que debemos enviar a Estados Unidos —pensó el sacerdote—, propondremos otro nombre», se dijo a sí mismo, para después preguntarse por qué los estadounidenses tendrían tanto interés por este sacerdote anónimo y desconocido.

Cavalieri no debía salir de Italia, era un miembro selecto de la curia. Además, figuraba entre los pocos elegidos que conocían y habían investigado uno de los secretos mejor guardados por la Santa Sede.

Propusieron a otro teólogo a la CIA para enviarlo a Estados Unidos como asesor, pero recibieron inmediatamente una respuesta en clave rechazando el cambio de persona. Parecía que todo se iba a quedar como estaba.